



Los "cuatro temperamentos": sanguíneo, flemático, colérico y melancólico. Clasificados, somos dominables.

Eso es cierto. Pero ¿por qué? Bueno, la historia es antigua. De repente, al borde de aquella Grecia, nació una rebeldía noblemente racionalista. Alcmeón de Crotona barrunta los primeros principios fisiológicos y la idea de que todas las enfermedades lo son del alma es sustituida por la idea contraria, bien iluminada por la voluntad de ser realistas y acabar con los oráculos: todas las enfermedades lo son del cuerpo. La cosa era audaz y digna. Brujos y ensalmadores empezaban a sentirse asediados por la vida y se refugiaron en los arrabales para reducir fracturas y untar a los infelices el bálsamo de Fierabrás. El médico, como hoy lo conocemos, nació noblemente, fue Prometeo, bien dispuesto a quitar de las manos de los dioses un poder excesivo y nauseabundo.

Todo eso estaba muy bien. Pero las llamadas "enfermedades mentales" se resistían a la tipificación, porque los que las mostraban y las muestran producen

siempre efectos políticos. Están solos y sin miedo. Su búsqueda desesperada de felicidad era y es una búsqueda de libertad, y eso es político. Sus gestos no resultaban, ni resultan, cómodos, salvo que recurramos al truco de calificarlos de "síntomas", lo que nos autoriza a encerrarlos, lobotomizarlos, drogarlos y electrocutarlos tranquilamente y en nombre de la razón misma nada menos. Fue la Medicina clínica, que es, sin duda alguna, una conquista decente de la inteligencia fría, la paradójica culpable de la brutalización psiquiátrica o, por lo menos, la paradójica colaboradora de la cobardía social y oficial. Había que elegir entre dos criterios extremos. Si era verdad lo de las enfermedades del alma, todos quedábamos abandonados en el templo de Asclepio, donde, más tarde o más temprano, terminarían por decirnos que no somos esquizofrénicos, sino pecadores —y eso es también político—. Si no había más enfermedades que las del cuerpo, ¿por

KAHN, EL OLVIDADO

NO tengo ganas de entrar en combate con I. H. d. G., que me ha escrito una carta terrorífica porque calificó aquí de "reaccionario" a Herman Kahn. ¿Se acuerdan ustedes de Herman Kahn? Se hizo famosísimo en la década de los sesenta cuando dirigía el Hudson Institut, desde el que bombardeó el mundo con sus análisis del futuro. Un caballero grueso, gélido, occidentalista, listísimo —tenía un coeficiente de inteligencia de 250— y escribió, por lo menos, dos libros escandalosamente triunfantes: *The Doomsday Machine* y *The Year 2000*. Hijo de emigrantes judíos, norteamericano de derechas de toda la vida, belicoso y defensor a capa y espada de la santidad del capitalismo, a cuyo servicio estuvo desde un despacho de la Rand Corporation. Le vendría muy bien ahora al señor Carter, porque este matemático era —y así fue llamado— un eficiente "estratega del terror". En fin, una especie de Kissinger de los números.

Aunque los dos libros que he citado pasan por ser sus obras magnas, otros dos me parecen a mí más significati-



vos: *On Thermonuclear War* y *Thinking the Unthinkable*. Ambos son cánticos al militarismo americano y turbias amenazas endulzadas por un lenguaje semicifrado que permite a los legos asombrarse sin entenderlo todo y entender algo sin darse cuenta. Si mi comunicante desea una ficha más completa de este señor, que también fue adulado inocentemente por la prensa española hace unos años, puede recurrir a una colección de biografías y glosas editada en España: *Conductores y seductores* (Ed. Plaza y Janés, 1974). Uno de los capítulos, escrito por Theo Pirker, está dedicado a Kahn con agudeza y buena luz. He aquí un párrafo: "Herman Khan se ha limitado simplemente a seguir difundiendo la ilusión de que militares y políticos pueden mantener bajo control los llamados conflictos limitados. El, personalmente, se vanagloria de haber vendido al Gobierno de los Estados Unidos al menos tres decisiones...". Bueno, yo creo que el señor que me ha escrito debe tratar de superar su admiración por los futurólogos como Kahn. Esconden los viejos trucos mágicos en sus computadoras y eso les da un aire de sabios inflexibles de bata blanca, inasequibles a la mentira. Pero resulta que trabajan para el Pentágono o para otras figuras geométricas parecidas. Khan fue un hombre peligroso: idiótico con fórmulas. Pudiera llegar a ser mejor la astrología si nos descuidamos. ■

Los cánticos al militarismo americano recuerdan, inevitablemente el "hongo" que conocemos.

